

Notas acerca de la psicología y la violencia política¹

Notes about psychology and political violence

Ramón León²

Recibido: 10 de mayo de 2017
Aprobado: 24 de mayo de 2017

Resumen

La violencia política es una dramática realidad en el mundo moderno, agudizada en los últimos años a través del amenazante fenómeno del terrorismo a escala mundial. La violencia política está también presente en América Latina y, asimismo, en el Perú. El número de asesinatos de líderes sociales en esta parte del mundo es muy alta, solo comparable tal vez con el de magnicidios en África. Se ha intentado entender el fenómeno de la violencia política desde la sociología, la antropología, la historia y también desde la psicología. La presente comunicación pasa revista a algunas de las aproximaciones teóricas a este fenómeno. Desafortunadamente, los psicólogos peruanos han aportado muy poco a su estudio y su comprensión, en tanto que los principales aportes provienen de antropólogos y sociólogos.

Palabras clave: violencia política, psicología.

Abstract

Political violence is a reality in the modern world, sharpened in the last years by the threatening presence of terrorism. Political violence is also present in Latin America and Peru. The number of killed social leaders in this part of the world is very high, only comparable with the number of magnicides in Africa. We try to understand this phenomenon of political violence undertaken by sociologists, anthropologists, historians and psychologists. This article discusses some of the theoretical approaches to this problem. Unfortunately, Peruvian psychologists have not paid much attention to this topic and the most important contributions to the understanding of political violence come from sociologists and anthropologists.

Keywords: political violence, psychology.

¹ Texto de la exposición en el panel "La Violencia Psicosocial en el Perú", organizado por la Escuela Profesional de Psicología de la Facultad de Medicina de la Universidad Privada Antenor Orrego, Trujillo (Perú), el 10 y 11 de noviembre del 2016.

² Bachiller y licenciado en Psicología (Universidad Inca Garcilaso de la Vega, Lima, Perú, 1975 y 1977 respectivamente), Doctor *Philosophiae* (Julius-Maximilian-Universität, Würzburg, Alemania Federal, 1983) y Doctor en Ciencias, especialidad de Psicología (Universidad Peruana Cayetano Heredia, Lima, Perú, 1993). Profesor en la Universidad Ricardo Palma (Lima) y en la Universidad de Lima.

Definir la violencia política es una tarea complicada, como lo es también dar una definición de -simplemente- la violencia³. Por ello afirma Semeilin (1983) que a quien habla sobre el particular “hay que preguntarle siempre qué entiende por ella” (p. 17).

Casi siempre vinculamos a la violencia con ataques físicos y hechos sangrientos. Cuando éstos ocurren estamos, en efecto, frente a la violencia en su expresión más rotunda: brutal, proveniente del exterior (o sea causada por otros) y dolorosa. Pero antropólogos y sociólogos han contribuido de modo decisivo a reconocer otras formas de violencia que, no siendo tan evidentes, igual tienen consecuencias graves para la vida social. Así, por ejemplo, Galtung (1969, 1990, 1996) ha propuesto el concepto de violencia estructural⁴.

LA VIOLENCIA: COMPAÑERA DE LA HUMANIDAD

Dejando de lado discusiones en torno a la violencia (algo que han demandado muchos de sus estudiosos⁵), una cosa se impone a la comprensión de cualquiera que se acerque al tema: ella es la inseparable compañera de la humanidad.

Una indeseable compañera de la que al parecer nunca podremos librarnos. El Oscuro, Heráclito, sentenciaba hace más de dos mil años que la guerra es el padre y rey de todas las cosas. “¿Quién cree en la actualidad que se puede abolir la guerra? nadie, ni siquiera los pacifistas”, escribía Susan Sontag veinte siglos después (Sontag 2003: pg. 13).

Todos los relatos mitológicos que sirven de base para la identidad de los pueblos incluyen escenas de violencia. Rómulo mata a Remo como Caín asesina a Abel, y Edipo a Layo. En la leyenda de los hermanos Ayar tampoco falta el crimen. La muerte violenta de los rivales y enemigos es lo que se encuentra en muchas páginas del *Ramayana* y de la *Iliada*, el *Gilgamesh* y el *Popol Vuh*. La cantidad de muertos en La Biblia se cuenta por miles, en especial en el Antiguo Testamento. Algunos tienen suerte: Esau no es asesinado, sino solo despojado de su condición de primogénito por las argucias e intrigas de Jacob y de su madre (von Matt 2006).

Por eso, todas las utopías, como por ejemplo *La ciudad de Dios*, de San Agustín (1998), y *Utopía*, de Tomás Moro (2007), lo primero que excluyen es la violencia. En el *Paraíso Terrenal* de los cristianos, el *Paraíso Comunista* de Marx y el *Yanna*, el paraíso del Islam, la violencia no tiene lugar.

LA VIOLENCIA POLÍTICA: ALCANCES Y LIMITACIONES DE UN TÉRMINO

Volvamos, sin embargo, al tema fundamental de esta comunicación, que es la violencia política, un término que es un “uso extensivo de la palabra violencia” (Blair Trujillo 2009)⁶.

Este término es sumamente amplio y abarca una serie de fenómenos, todos sin embargo con un denominador común: atacar y causar daño o desaparecer a quienes no comparten una determinada ideología (sobre todo política o religiosa). Allí están comprendidas por ejemplo las guerras civiles, las guerras étnicas, las guerrillas, el terrorismo, el genocidio, las guerras entre los estados, las revoluciones. Tal variedad de fenómenos admite

³ Es probablemente por ello que el excelente Dictionnaire de la violence (Marzano (2011) no incluye una entrada dedicada a la violencia.

⁴ De acuerdo con Galtung, esta forma de violencia se encuentra profundamente enraizada en las estructuras sociales caracterizadas por la inequidad, e impiden el desarrollo de los potenciales físicos e intelectuales de los seres humanos.

⁵ Así, por ejemplo, Sánchez Planell & Prats Roca (2010; pg. 250) escriben:

“Hay diversas formas de definir la violencia, según quién la defina y con qué propósito. Por ejemplo, no es lo mismo definir la violencia con el propósito de arresto y condena que si lo es para una intervención social. La Organización Mundial de la Salud (OMS) define la violencia como el uso intencional de la fuerza física o poder, como amenaza o actual, contra uno mismo, otra persona o contra un grupo o comunidad, que resulta en o tiene una elevada probabilidad de provocar lesión, muerte, sufrimiento psicológico, problemas de desarrollo o privación. Esta definición va más allá del concepto convencional de violencia al incluir aquellos actos que resultan de una relación de poder, incluyendo las amenazas, la intimidación, la negligencia y la omisión. Por lo tanto, en la violencia se incluyen la negligencia y todos los tipos de abuso físico, sexual y psicológico, así como el suicidio y otros actos autoagresivos” (pp. 250-251).

Por su parte, Kagan (2013) hace alusión a la necesidad de precisiones:

“[...] El término abstracto de violencia, cuando se intenta aplicar a los seres humanos, falla en especificar la clase de persona que comete un acto violento, sus motivos, la forma que la violencia asume y los contextos en los que una acción violenta ocurre. Esos cuatro rasgos asumen diferentes combinaciones cuando un soldado napoleónico mata a un soldado ruso que estaba a punto de dispararle, un oficial nazi ordena que se envíe a la cámara de gas a una inocente mujer judía, un nuevo sultán otomano asesina a sus hermanos y a todas las mujeres embarazadas en el harem del sultán que ha fallecido hace poco, un adolescente enajenado asesina a doce de sus compañeros de clase en un acto de violencia incontrolada, el ladrón de un banco mata a un cajero, un racista blanco lincha a un afro-americano, un hombre de la tribu Hutu se ensaña con una mujer Tutsi embarazada, un soldado sirio dispara a una muchedumbre que protesta en contra del régimen, un caballero mata a otro en un duelo porque este último ha puesto en cuestión su honor, y una madre soltera adolescente asfixia a su recién nacido” (p. 267)

⁶ El “uso extensivo” de algunos términos no solo ocurre con respecto a la palabra violencia. Lo encontramos asimismo en el caso del concepto de inteligencia, restringido antaño al terreno de la cognición y el rendimiento académico, pero hoy “extendido” al plano afectivo (“inteligencia emocional”). Ocurre algo semejante con memoria, antes propiedad casi exclusiva de la psicología, hoy empleada por historiadores (“memoria histórica”). El caso más dramático es el del empleo de la palabra cultura, hoy usada para casi todo (“cultura de la pobreza”, “cultura ética”, “cultura de la sospecha”).

precisiones en referencia al objeto de violencia (quién puede/debe ser atacado), la estructura de los grupos que la perpetran y el repertorio de las acciones que llevan a cabo⁷.

Pero, dejando de lado esas formas cruentas de violencia política, podemos también encontrar expresiones mucho más atemperadas de ella en la política en general.

Tal como la entendemos hoy en el mundo occidental, la política es una actividad destinada a promover la paz: no conocemos un solo político que señale que su propósito es la guerra y el consecuente derramamiento de sangre que ella trae inevitablemente consigo. Siendo la política una actividad destinada a promover la paz vía un buen gobierno, la promoción de las personas y el desarrollo de una sociedad justa, lo paradójico es que ella tiene un importante componente de violencia.

Acabamos de ser testigos de la violencia en la política en la guerra de fango librada por los dos candidatos presidenciales en los Estados Unidos, Hillary Clinton y Donald Trump. Los debates públicos sostenidos no se caracterizaron precisamente por un nivel académico muy elevado o por el intercambio de elogios. A la inversa: abundaron descalificaciones rayanas en el insulto, amenazas abiertas, descortesías y desplantes. Reconozcamos, sin embargo, que, en honor a la verdad, los debates presidenciales no suelen distinguirse por el despliegue de las excelencias personales propias y el reconocimiento de las del competidor; al contrario⁸.

Hemos visto asimismo violencia en la campaña librada en Inglaterra con motivo del referéndum que terminó con la decisión mayoritaria de re-

tirarse de la Unión Europea. La señora Marine Le Pen, representante de la extrema derecha francesa, tampoco se distingue por un mensaje pacifista. Ni qué decir de Nicolás Maduro en Venezuela y de su antecesor, Hugo Chávez⁹.

En los casos mencionados se ha hecho generoso empleo de la violencia verbal, una forma de violencia simbólica¹⁰.

Es bueno que recordemos, sin embargo, que en muchos casos, como sucedió en la Alemania en la víspera de la irrupción en el poder del nacionalsocialismo, la violencia verbal antecede a la violencia física.

¿Qué elementos conforman esa violencia verbal? Pues los más variados: la calumnia, la ridiculización cercana al escarnio del otro, el insulto abierto, la difusión de rumores, la exposición pública de contextos y situaciones íntimas que presentan en una condición deplorable al adversario¹¹, las descalificaciones absolutas. Todo vale a la hora de alcanzar el poder. Y si no, podríamos preguntárselo a Hitler, a Mussolini, y a Stalin, que no solo se limitaron a ejercer la violencia verbal sino que se pusieron manos a la obra a la hora de liquidar a sus adversarios, y también a muchos que no lo eran.

Y, sin embargo, la violencia verbal es el mal menor. Para decirlo de un modo brutalmente simple: es mejor ser insultado a ser asesinado. Los insultos no matan ni hieren.

Nadie ha muerto porque reciba insultos, es verdad, pero muchas veces ellos son el macabro aperitivo que antecede al “plato de fondo”: la aniquilación física, la muerte del rival, que no es visto como

⁷ Para casi cada uno de estos temas la bibliografía es abundante, con la excepción de las guerras civiles. Con razón escribe González Calleja (2013):

“Entre 1946 y 2001, los observadores han identificado y analizado un total de 225 conflictos armados, de los cuales 163 han sido definidos como enfrentamientos domésticos, que tuvieron gran incidencia entre 1950 y 2001 en el Sur y Este de Asia, desde los años sesenta en Oriente Medio y el Norte de África, en los años ochenta en América Latina y en los noventa en las naciones resultantes de la explosión del antiguo bloque soviético, aunque la mayor parte de estos conflictos fueron breves. A pesar de su recurrencia y sus notables consecuencias en todos los órdenes, las ciencias sociales han mostrado un menor interés en las guerras internas y civiles que en los conflictos interestatales, que forman parte esencial del campo de estudio de la política internacional” (p. 9).

⁸ Kanashiro (2016) escribe:

“Los candidatos despliegan una serie de estrategias discursivas dirigidas a atacar a su rival político. En eso consiste el juego de la competitividad electoral. No solo hay que proponer, sino que también hay que golpear. No solo asistimos a campañas electorales, sino también a contracampañas. Las batallas entre candidatos suelen ser encarnizadas durante la campaña electoral; no obstante, en el debate, se produce una interpelación ética al decoro y a las buenas prácticas belicistas. No queda claro aun si, cuando los líderes que representan a la opinión señalan o califican algo como guerra sucia, hay un criterio claro y común que permita diferenciar un ataque de otro, dado que no es posible imaginar una campaña electoral sin contracampaña. Esta falta de optimismo naturaleza misma del sistema electoral competitivo, en el que no es suficiente ser el mejor, sino hacer del “otro” el peor” (pg. 207).

⁹ A esta relación hay que agregar otro nombre, que ha llamado la atención por su incontinencia verbal y su proclividad a la prédica de la violencia como forma de resolver problemas sociales. Nos referimos a Rodrigo Duterte, desde el 2016 presidente de Filipinas.

¹⁰ Un conjunto de mecanismos por medio de los cuales un determinado grupo de individuos orienta la violencia hacia otro grupo. Bourdieu (1998) define la violencia simbólica como una forma de extensión del término violencia para incluir otras formas de ella. La violencia simbólica suele ser practicada de manera inconsciente, y se nutre de la educación que se da en la familia, la educación formal o el aprendizaje informal. La conversación, las películas, las novelas, la propaganda comercial contribuyen a ella.

¹¹ Recordemos acá el caso del senador Thomas Eagleton, que se vio obligado a renunciar a la nominación del Partido Demócrata para la vicepresidencia de los Estados Unidos, acompañando a George McGovern, en las elecciones de 1972, al darse a conocer que en algún momento de su vida había sido hospitalizado en un centro psiquiátrico por haber padecido de cuadros depresivos.

competidor sino como enemigo. Señalemos además que en sociedades en las cuales el sentido del honor es muy importante, el insulto es el detonante de acciones mortales (Nisbett & Cohen 1996)¹², dado que se lo considera una imperdonable afrenta a la imagen social y a la dignidad del ofendido.

La violencia verbal en la política ha sido repetidamente analizada. Viktor Klemperer, un destacado romanista alemán maltratado y casi asesinado por el solo delito de ser judío, nos ha legado un incisivo estudio del lenguaje de los nacionalsocialistas y de su efecto en la vida cotidiana, comenzando por la vida de él mismo (Klemperer 2001). Orlando Figes, en colaboración con Boris Kolonitskii, ha dado a la luz un magistral estudio sobre el lenguaje en la Revolución de Octubre (Figes & Kolonitskii 2001). El psicólogo israelí Daniel Bar-Tal (1990) ha explorado los vínculos entre los denuestos verbales y el proceso de deslegitimización de quienes son objetos de ellos, deslegitimización que los convierte casi en subhumanos y, al hacerlos, los ubica en una situación de inermidad que siempre rodea a los grandes crímenes y genocidios¹³.

Caricaturas, chistes, sátiras y apodosos hacen lo suyo en la violencia política, si bien son considerados como parte del arsenal permitido en la contienda política¹⁴.

La violencia física es, por supuesto, mucho más temible. Pero en ella también se puede reconocer cierta graduación: los ataques a los adversarios en el plano físico van desde enfrentamientos a puños y/o pistola, ataques a locales políticos de adversarios, hasta atentados contra líderes políticos. Y, por supuesto, la actividad terrorista.

LA VIOLENCIA POLÍTICA EN LA HISTORIA DEL PERÚ Y DE AMÉRICA LATINA

No necesitamos, por cierto, buscar ejemplos de todo esto más allá de nuestras fronteras. Hasta antes de la terrible época del terrorismo, los peruanos nos definíamos como un pueblo pacífico:

todos recordamos todavía las declaraciones del presidente Fernando Belaúnde Terry cuando afirmaba que los terroristas no eran peruanos, porque “el peruano es pacífico”. Hoy estamos de retorno de tales afirmaciones, y sabemos que el Perú es un país violento, un país en cual se practican y perpetran todos los tipos y formas de violencia, incluida la política por supuesto.

Concentrándonos solo en la violencia política, un rápido recuento de nuestra historia nos ofrece ejemplos contundentes de ella: desde la rebelión de Túpac Amaru, en las postrimerías del siglo XVIII, y el asesinato de Bernardo de Monteagudo, en los inicios de la República, hasta el del presidente Sánchez Cerro en 1933, pasando por el del presidente Balta en 1868 y el del expresidente Manuel Pardo en 1876. Hechos sangrientos vinculados a la vida política de nuestro país son el asesinato del matrimonio Miró Quesada Laos, propietarios de *El Comercio*, en 1935, el de Francisco Graña, el director de *La Prensa*, en 1947, la revuelta de Trujillo en 1932. Agreguémosle a todo eso el baño de sangre causado por Sendero Luminoso y el MRTA en los años ochenta y noventa.

Con esta rápida relación, queda claro que no necesitamos lecciones venidas del exterior. Tenemos suficiente materia prima acá en materia de violencia, que es una constante desde el inicio mismo de nuestra historia¹⁵.

Reconozcamos, sin embargo, que el Perú no es un caso único en el plano de la violencia política en América del Sur ni en el continente americano en general. Una demostración de eso la tenemos en el caso de los magnicidios, es decir el asesinato de grandes líderes políticos.

Los magnicidios siempre han conmovido a la humanidad, desde el primero que ocurre en Occidente, el de Julio César, el prototipo y modelo de todos los que han ocurrido después (Schneider 2010). Ellos ponen de manifiesto de cruenta manera que nadie, por importan-

¹² En el Perú tenemos ejemplos de esto. El padre de Raúl Porras Barrenechea, brillante intelectual peruano, murió en un duelo a pistola por motivos de honor. José Santos Chocano, gran poeta y poseedor de un desmesurado sentido del propio valor, protagonizó un hecho de sangre por razones parecidas.

¹³ La deslegitimización es el proceso mediante el cual se categoriza a grupos en categorías sociales sumamente negativas tornando imposible su aceptación por parte de los demás. Este proceso es casi una suerte de deshumanización del grupo deslegitimizado, tornando imposible que se pueda integrar al resto de la sociedad. El grupo deslegitimizado es homegenizado como primitivo, delincuencial, haciendo imposible la consideración de diferencias individuales y/o excepciones al interior del mismo (Bar-Tal 2005).

¹⁴ Evidentemente, ellos no solo se emplean en la contienda política. Como todos sabemos, son más bien fenómenos que ocurren en la vida cotidiana. Whipple (2016) ha tratado sobre el particular en la cotidianidad de la Lima del siglo XIX.

Krauze (2012) señala que el proceso mediante el cual el Perú se incorporó a la historia de Occidente, la Conquista,

“transcurrió y concluyó [...] bajo el signo de la brutalidad” (p. 391).

¹⁵ Sobre la persona de Julio César, su reinado, y su trágico fin, es posible encontrar infinidad de obras históricas, de análisis políticos y hasta de obras literarias, que tienen como motivo su asesinato. Otro magnicidio que ha dado lugar a una literatura que ya es incommensurable es el John F. Kennedy. En los últimos años, el asesinato de Francisco Fernando y de su esposa en Sarajevo, causa de la Primera Guerra Mundial, también viene siendo objeto de numerosos trabajos.

te y poderoso que sea, está a salvo de conjuras, venganzas, revanchas y odios desbordados.

Y, precisamente, la muerte inesperada y violenta de los poderosos —casi siempre— a manos de simples seres humanos, concede a los magnicidios un simbolismo conmovedor, casi terrorífico, como anuncio de nuevas e inesperadas desgracias, de catástrofes que acechan ya no a la víctima del atentado, sino a la sociedad entera. De allí el interés cercano a la obsesión que la historia experimenta con respecto a algunos de ellos¹⁶.

Nada más y nada menos que los Estados Unidos tienen en su historia el asesinato de cuatro presidentes: Abraham Lincoln en 1865; James A. Garfield en 1881, William McKinley en 1901, y John F. Kennedy en 1963. No fueron presidentes pero igual fueron asesinados: Robert F. Kennedy y Martin Luther King.

Entre nuestros vecinos inmediatos la cifra de magnicidios es ciertamente considerable. A la cabeza encontramos a Bolivia, donde contamos entre los mandatarios muertos de modo violento a Manuel Isidoro Belzú (1865) y Gualberto Villarroel (1946), este último de un modo particularmente sangriento. Se dice que el presidente German Bush se suicidó en 1939, pero siempre ha habido sospechas de que fue asesinado. A ellos hay que agregar a Hilarión Daza, gobernante de Bolivia al inicio de la funesta Guerra del Pacífico, asesinado en Uyuni en 1894, cuando retornaba a su país tras un largo exilio europeo, y a Juan José Torres, asesinado en Buenos Aires en 1976. El presidente René Barrientos murió en 1969 en un accidente de helicóptero, pero nunca se ha desechado la posibilidad de que el accidente fuera en realidad un atentado.

En Ecuador están los casos del presidente Gabriel García Moreno, asesinado en 1875, y el de Eloy Alfaro, ultimado en 1912. La muerte del presidente Jaime Roldós en 1981 en un accidente aéreo ha sido denunciada como un atentado. En Chile no podemos dejar de mencionar al presidente Allende (muerto en 1973) y el suicidio en 1891 del presidente José Manuel Balmaceda, así como la acusa-

ción al régimen de Pinochet de haber provocado la muerte del expresidente Frei Montalva, en tanto que en Colombia los interminables años de violencia no han cobrado la vida de ningún presidente, pero sí han terminado con la existencia de una cien mil personas¹⁷. En Brasil, Getulio Vargas se suicidó en 1954, y se sospecha que el accidente en el que murió el expresidente Juscelino Kubitschek en 1976, fue en realidad un atentado.

Ningún continente, excepto tal vez el africano, presenta tal tasa de magnicidios, con tantos mandatarios asesinados, suicidados (supuestamente o en realidad) o muertos en sospechosos accidentes o circunstancias que provocan suspicacia. Demás está señalar que los niveles de violencia ya no solo en el Perú sino en toda América Latina son muy elevados¹⁸.

Marx decía que la violencia era la partera de la historia, y lo que va del curso de los seres humanos en este mundo termina dándole la razón. Es casi una verdad de Perogrullo el que los grandes cambios sociales se han logrado no en el marco de la política institucional, sino que más bien han sido alcanzados a través de explosiones sociales y con un alto costo de vidas humanas (Apter 1997).

La Revolución Francesa envió al otro mundo probablemente a unos tres millones de personas, una cifra a la que también se acerca el número de víctimas de la Revolución Rusa. Pero los muertos, al fin y al cabo descansan en paz. Son los que escapan a la muerte los que al hacerlo se enfrentan a problemas indecibles: veamos lo que sucede con todos los que hoy huyen de las turbulencias políticas que afectan a los países del Cercano Oriente.

EL ROL DE LAS IDEOLOGÍAS

En todas las ideologías, pero sobre todo en las políticas y en las religiosas, acechan el dogmatismo y el fanatismo. Después de lo ocurrido con Hitler lo habíamos olvidado. El Estado Islámico nos lo ha vuelto a recordar¹⁹.

¹⁶ Sobre la persona de Julio César, su reinado, y su trágico fin, es posible encontrar infinidad de obras históricas, de análisis políticos y hasta de obras literarias, que tienen como motivo su asesinato. Otro magnicidio que ha dado lugar a una literatura que ya es incommensurable es el John F. Kennedy. En los últimos años, el asesinato de Francisco Fernando y de su esposa en Sarajevo, causa de la Primera Guerra Mundial, también viene siendo objeto de numerosos trabajos.

¹⁷ No debe olvidarse, sin embargo, el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán, carismático líder del Partido Liberal, ocurrido en 1948, y que dio lugar a lo que se conoce como "la gran violencia" en Colombia.

¹⁸ "En la historia de América Latina la presencia de la violencia en sus muy diferentes manifestaciones ha sido continua. Tal es el caso que, al revisar las referencias bibliográficas sobre este fenómeno, nos encontramos con su inclusión en la agenda de todas las ciencias sociales, con el fin de ser estudiada desde cada uno de sus enfoques, los cuales han variado notablemente a través del tiempo y en múltiples tipos de violencia, en el marco de lo urbano y lo político" (González Arana & Molineros Guerrero 2013: p. 10).

¹⁹ El Estado Islámico es uno de los fenómenos de violencia política más brutales y cruentos de este siglo, pero también una entidad misteriosa, apenas comprensible para los ciudadanos del mundo occidental, que plantea preguntas para las cuales no hay respuestas claras. Véase, entre lo mucho que se viene escribiendo y diciendo sobre él, "7 preguntas para entender qué es el Estado Islámico y de dónde surgió", de la Redacción BBC Mundo, 22 de marzo del 2016; http://www.bbc.com/mundo/noticias/2014/09/140904_que_es_estado_islamico_amv [recuperado el 28 de octubre del 2016].

El dogmatismo y el fanatismo son dos caras de un mismo fenómeno. En ambos ocurre una forma perversa del “tercio excluido”: “o estás conmigo o estás contra mí”. Las terceras posiciones están prohibidas o, mejor, lo están todas aquellas que no sean la mía. Es difícil imaginarse a alguien que practique la violencia política que no está poseído por el dogmatismo y el fanatismo. Todos hemos leído o escuchado de persecuciones de católicos por parte de musulmanes, y de cristianos asesinando a judíos, pero no se ha escuchado o leído de una turba de agnósticos o ateos persiguiendo a creyentes.

En otros casos, el nacionalismo es un elemento que también ha jugado un rol importante. El derrumbe del Imperio Austro-Húngaro tras la Primera Guerra Mundial trajo aparejada una cruenta ola de violencia que acompañó el proceso de constitución (o reconstitución) de naciones como Checoslovaquia, Polonia, Hungría (Gerwarth 2016).

Cuanto más mesiánica sea la ideología, tanto más proclive será a utilizar la violencia política, la misma que queda consagrada bajo el principio de “el fin justifica los medios”.

Todos recordamos, por ejemplo, el conflicto armado entre Honduras y El Salvador a partir de un encuentro entre las selecciones de fútbol de ambos países el 26 de junio de 1969²⁰. Kapuscinski (2006) la denominó la *guerra del fútbol* y así ha pasado a la historia. Pero la guerra tenía causas mucho más profundas, las mismas que han sido estudiadas por Durham (1979). Un partido de fútbol fue el pretexto para la explosión de una violencia contenida.

EL TERRORISMO

En los últimos años una nueva forma de violencia política nos impacta: la violencia terrorista. Podríamos decir que ella es la que está escribiendo la historia de estos tiempos. El Estado Islámico es la que mejor la encarna. Por de pronto la violencia política que se vive ha acabado con la ilusión de un mundo ordenado expresada por Fukuyama en su famosa obra en la que habla del fin de la historia (Fukuyama 1992).

Muy por el contrario, podríamos decir que la historia recién está comenzando. Los últimos atentados terroristas han asumido formas inéditas, sorprendentes, que siembran la incertidumbre en el mundo entero.

Una de las sangrientas enseñanzas que extraemos de esos atentados es que las motivaciones para la violencia política pueden ser de las

más variadas. Desde religiosas hasta raciales, pero también estar enraizadas en graves trastornos mentales que se mezclan con coyunturas sociales que tienen el efecto de agudizar dichos trastornos.

El terrorismo, en sus nuevas formas, constituye todo un desafío para quienes intentan comprenderlo:

“Las hipótesis deben diversificarse dada la complejidad del espacio que conforman: hay que contemplar explicaciones que van desde el islamismo radical fruto de un adoctrinamiento religioso hasta todo lo relacionado con el ámbito de la psiquiatría o el psicoanálisis y con poca relación (y puede que ninguna) con la fe o la ideología. Aquí, como en el caso de todo individuo que pasa al acto, hay que contemplar diversos registros en el análisis; la densidad histórica (a veces hay que remontarse a la colonización, la descolonización, la llegada a Europa del padre o el abuelo como trabajador inmigrante, el paro, la exclusión, el racismo vivido, etc.), el contexto (la crisis económica, sobre todo), la sensación de que no se tiene nada que ver con esa historia y con ese contexto, de vivir en un mundo sin sentido, en una sociedad sin referentes, la fragilidad psíquica que acaba facilitando las manipulaciones, etc.” (Wieviorka 2016).

LA VIOLENCIA POLÍTICA EN EL PERÚ DE HOY

En una sociedad como la nuestra, acontecimientos y situaciones que vistas desde lejos aparecen como poco importantes, pueden terminar demostrando su peligroso potencial ígneo. Podemos observarlo muchas veces en las verdaderas batallas campales vinculadas al cumplimiento de órdenes judiciales de desalojo, o a reclamos acerca de la pésima calidad de los servicios, como también en la toma de pistas y carreteras tras reiterados y fracasados intentos por lograr la construcción de un puente peatonal, la instalación de agua potable y desagüe, o la colocación de un simple semáforo que de una u otra forma impida que alguien más muera atropellado en alguna calle de gran circulación vehicular.

En los años ochenta y a comienzos de la década de los noventa, Sendero Luminoso y el MRTA fueron los grandes responsables de la violencia política en el Perú. En la actualidad la problemática es otra: el número de alcaldes asesinados constituye una dramática demostración de ello. Venganzas personales, ajustes de cuentas, asesinatos que dejan el camino libre a quienes aspiran a ocupar los cargos que desempeñaban los muertos, pero también que permiten mantener ocultos casos de corrupción: todo eso y mucho más es lo que tenemos hoy. También tenemos lo sucedido en Bagua hace unos

²⁰

Esa guerra tuvo como consecuencia cerca de 10 mil muertos y el desplazamiento forzado de unos cien mil salvadoreños indocumentados que vivían en Honduras (véase Pérez Pineda 2016).

años y, más recientemente, en Las Bambas. Si antes se creía y se sostenía que era el mundo andino el escenario de la conflictividad política en nuestro país, lo sucedido en los últimos años ha dejado sin fundamento a esa creencia: las tres regiones clásicas del Perú (Costa, Sierra y Selva) o, para ser más preciso, casi todas las regiones administrativas han experimentado graves enfrentamientos entre los pobladores y la autoridad.

Como siempre sucede se han propuesto muchas explicaciones para la violencia en nuestro país, la mayoría de ellas provenientes del marxismo o de la teoría latinoamericana de la dependencia, las mismas que han sido a su vez cuestionadas²¹.

EL APORTE DE LAS CIENCIAS SOCIALES

¿Qué pueden aportar las ciencias sociales, y la psicología en particular, a la comprensión, la prevención y la solución de la problemática de la violencia política?

Lamentablemente, la respuesta no es muy satisfactoria. Las ciencias sociales han propuesto numerosas teorías para los más diversos problemas, pero podemos afirmar –sin temor a equivocarnos– que ninguna de esas teorías ha demostrado de modo efectivo su validez. Y la validez de ellas se demuestra en los hechos.

Un problema es que muchas de esas teorías han surgido “en el camino”. Es decir, los conflictos, movimientos sociales cobraron fuerza y generaron reacciones a favor y en contra así como acalorados conflictos, y exigieron algún tipo de explicación y de solución. Es en ese momento en que las ciencias sociales recién se ponían a trabajar, avanzando y desarrollando planteamientos muchas veces en el esquema de ensayo-error, o proponiendo teorías para aspectos y contextos muy específicos pero sin capacidad de generalización.

Eso ha sucedido con la revolución sexual, con los movimientos feministas, con el movimiento a favor de la unión civil y la posibilidad de adoptar

niños por parejas del mismo sexo. También ocurre en alguna medida en lo que concierne al aborto y la eutanasia, y la posibilidad de legalizarlos. Lo podemos ver ahora mismo con la ola de atentados terroristas que afecta a Europa y en los que participan ciudadanos de países islámicos que viven desde años en ese continente y disfrutaban de todos los derechos y libertades que caracterizan a Occidente: ¿tiene alguna de las ciencias sociales una explicación para este último y dramático fenómeno, por ejemplo? La verdad es que no.

Sin tomar en cuenta para nada (lo poco o mucho) que las ciencias sociales puedan ofrecer de valioso para la toma de decisiones sociales sobre estos temas, algunos estados han procedido por sí y ante sí: eso ha ocurrido por ejemplo con la legalización del consumo de marihuana en Uruguay; lo mismo podría decirse del acuerdo de paz alcanzado en Colombia. ¿O es que alguno de nosotros ha escuchado al presidente uruguayo Mujica, en su momento, o al presidente colombiano Santos hacer referencia a hallazgos de la psicología, la sociología, la antropología, que sustenten sus decisiones?²²

No ha sido así, y eso no es un reproche sino sencillamente una realidad resultante de la maraña de información que las ciencias sociales ofrecen, sin que todo ese inmenso cúmulo de información haya permitido constituir un corpus teórico que pueda ser de utilidad para la toma de decisiones al más alto nivel político.

Eso es también lo sucedido con el fenómeno de los regímenes totalitarios que se impusieron en Europa y dieron lugar a tanto derramamiento de sangre en el siglo XX.

Comprender lo sucedido en esos regímenes (¿por qué surgieron? ¿por qué se extendieron? ¿por qué encontraron tal acogida no solo entre el pueblo sino aún en las elites intelectuales? ¿por qué estaban tan sedientos de sangre y tan dispuestos a acabar con todo, aun con su propia población?) es todo un desafío para las ciencias sociales.

²¹

“Estos enfoques han ofrecido explicaciones monocausales, a primera vista plausibles, que vinculan la irrupción de la lucha armada y el surgimiento de guerras civiles a la existencia de insostenibles situaciones de injusticia histórica, la cual estribaría principalmente en la explotación despiadada de parte de monopolios extranjeros y sus agentes locales. Según Johan Galtung -cuyas tesis han sido muy populares a la hora de explicar las causas profundas de los problemas peruanos- los motivos de la “violencia estructural” provienen básicamente: a) De una estructura socio-económica injusta que genera miseria colectiva; b) de la represión política que produce relaciones asimétricas con respecto al poder, y e) de la pervivencia de fenómenos de alienación, los que harían imposible una paz duradera. Contra esta concepción se puede aseverar que la penuria económica, la carencia de influencia política, el desempleo crónico y el malestar colectivo, representan factores que han predominado en todos los periodos de la historia humana y en todas las sociedades, y que sólo ocasionalmente han dado lugar a una violencia política específica como la lucha armada. El bajo consumo de calorías y proteínas, el analfabetismo y las agresiones físicas del marido en la vida familiar e íntima son, sin duda alguna, fenómenos reprobables, pero calificarlos como elementos definitorios de la violencia política en el Perú y como variables que pueden explicar y hasta exculpar los movimientos guerrilleros, es una exageración sin atenuantes” (Mansilla 2000, pp. 77-78).

²² Y esto no es propio solo de naciones latinoamericanas. A despecho de todo lo que informan la psicología, la sociología, el derecho y la criminología, en numerosos estados de los Estados Unidos y en la China la pena de muerte sigue vigente. Y después de todo el sangriento caos político que conmueve al Cercano Oriente es difícil imaginarse que el presidente Bush y sus sucesores hayan buscado el asesoramiento de historiadores, sociólogos, politólogos a la hora de tomar decisiones.

Se ha recurrido a todo tipo de explicaciones, tantas que aquí no podemos enumerarlas. Se ha recurrido a la psicopatología (haciendo referencia a los supuestos trastornos mentales de hombres como Hitler, Mussolini y Stalin)²³, a la sociología (la extracción social de dichos líderes y de otros, discípulos de ellos en materia de autoritarismo y capacidad de destrucción), a la historia (el profundo resentimiento del pueblo alemán tras su inesperada –y también inexplicada- rendición de su ejército en la Primera Guerra Mundial), pero, bien lo sabemos, ninguna de esas ciencias ha podido ofrecer una explicación que pueda ser considerada como aceptable en casi todas sus líneas. Más bien ha sucedido que a cada afirmación ha seguido una rectificación, a cada análisis una explicación alternativa, y a cada dato aparentemente sólido lo ha seguido otro, que lo relativizaba.

En el intento de responder a preguntas acerca de cómo es que ellos habían encontrado aceptación, algunos valiosos estudios psicológicos aparecieron: podemos mencionar sobre todo *La personalidad autoritaria* (Adorno et al. 1965), un verdadero clásico de la psicología social moderna (Buck-Morss 1981), proyecto llevado a cabo por científicos que habían vivido en carne propia el nazismo pero que habían logrado ponerse a buen recaudo con oportunidad²⁴.

Años después, Hans J. Eysenck, en el marco de la exploración de la validez de su teoría, escribió una importante obra acerca de la decisión política y las dimensiones de la personalidad (Eysenck 1964). Desde las canteras del psicoanálisis, Erich Fromm nos ha legado *El miedo a la libertad* (Fromm 2005), uno de los análisis más serios de lo ocurrido en la Alemania nazi.

Aunque no es propiamente una psicóloga sino, más bien, una aguda y brillante pensadora en cuya obra se encuentra vetas de gran valor para la filosofía, la sociología, la historia y también la psicología, Hannah Arendt ha escrito *Los orígenes del totalitarismo* (Arendt 2002), aún hoy una obra de obligada lectura²⁵.

LA VIOLENCIA POLÍTICA EN EL PERÚ DE HOY

La violencia política en el Perú es solo un aspecto, una de las muchas caras de la violencia en general que existe en nuestro país. Una violencia que se expresa en las calles a través de robos y asaltos, en los hogares a través de las agresiones entre los padres o de éstos con respecto a sus hijos, en los sindicatos, o que asume formas como el sicariato y la extorsión.

Conserva por ello plena vigencia la afirmación formulada hace más de veinte años por un destacado sociólogo peruano, Nelson Manrique (1993):

“... la violencia política en el Perú de hoy es solo una manifestación particular de un proceso más general de extensión de la violencia a todos los ámbitos de la vida social: desde aquella que busca destruir el sistema para construir su propio proyecto social, pasando por la hidra de múltiples cabezas de la delincuencia común, hasta aquella que crece en los hogares y las alcobas” (pg. 239).

En efecto: hoy, a casi veinte años de haberse iniciado el siglo XXI la violencia campea en el Perú, y su presencia salta a la vista de todos, aun de los más desavisados.

Esa violencia tiene que ver con una sociedad que, acercándose a los doscientos años de su existencia como república, ha fracasado en el logro de un Perú firme y feliz por la unión de todos los peruanos, y que sigue prisionera del machismo, el racismo, las crasas diferencias económicas y de un estado de inmensa ineficiencia.

En nuestro país no ha sido la psicología la que ha hecho aportes a la comprensión de la violencia política. Estos hay que buscarlos en libros provenientes de historiadores, sociólogos, antropólogos.

Las obras del fallecido Alberto Flores Galindo constituyen una verdadera mina de información, de sugerencias e intuiciones acerca de la problemática nacional también para los psicólogos, que lamentablemente no han tomado noticia de su importante

²³ Un caso muy reciente lo constituye la carta firmada por 33 psiquiatras, psicólogos y otros profesionales norteamericanos de la salud mental, en la cual se refieren a las características psicopatológicas del presidente Trump (“Mental health professionals warn about Trump”, *New York Times*, edición del 13 de febrero del 2017).

²⁴ Esta obra ha sido objeto de numerosos análisis y suele ser ritualmente citada en estudios sobre actitudes políticas y regímenes autoritarios. Su carácter monumental fue el resultado del trabajo intenso de sus autores y de otros estudiosos. Señalemos que *La personalidad autoritaria* es uno de los cinco libros surgidos del trabajo del Programa de Investigación Estudios acerca del Prejuicio, iniciado en 1944 con el financiamiento del *American Jewish Committee* y coordinado por Max Horkheimer. Los otros libros fueron *Prophets of deceit* (Lowenthal & Guterman 1949), *Rehearsal for destruction* (Massing 1949), *Dinámica del prejuicio: un estudio psicológico y sociológico de veteranos de la guerra* (Bettelheim & Janowitz 1975) y *Psicoanálisis del antisemitismo* (Ackermann & Jahoda 1965).

Otros trabajos, no vinculados al programa Estudios acerca del Prejuicio, pero que también abordan temas del autoritarismo y del totalitarismo son *La psicología de masas del fascismo*, de Reich (1973), *Behemoth: pensamiento y acción en el nacionalsocialismo* (Neumann 2005), aparte de los citados en este texto.

²⁵ Recordemos, de paso, que Hannah Arendt trató también acerca del tema de la violencia, con importantes reflexiones acerca de las cuales aquí, por razones de espacio, no podemos tratar (véase, entre lo mucho escrito acerca de esta pensadora y de sus ideas acerca de la violencia, Hilb 2001).

legado intelectual. No siempre se está de acuerdo con sus apreciaciones, pero no se puede negar el gran valor de sus puntos de vista y la solidez de la información que él manejaba, así como su enviable capacidad para traspasar los límites de su especialidad e ingresar a otras disciplinas. Temas como el autoritarismo, el racismo, las luchas sindicales, la mentalidad aristocrática, las reflexiones de una izquierda que ve como la marea del senderismo avanza, se encuentran en su obra, que merece una lectura y un estudio detenidos.

La obra de Flores Galindo, escrita en un momento que parecía la víspera de la hecatombe en nuestro país, es no solo un análisis de una realidad que se nos escapaba de las manos, sino al mismo tiempo un retrato de las angustias de quienes estudiaban la realidad peruana²⁶. Sus ensayos tienen por ello un tono de apasionamiento que puede parecer refido con la objetividad que se reclama al historiador, pero ese tono no impide la presentación clara de algunos de los dramas de nuestro país (*vide*, por ejemplo, Flores Galindo 1988).

Así, por ejemplo, en *La ciudad sumergida*, Flores Galindo (1991) nos presenta una sociedad en la cual las relaciones entre señores y siervos y entre los siervos mismos (unos indígenas y otros negros) discurren en medio de una atmósfera de suspicacias y resentimientos, y casi parecen la antesala de graves explosiones sociales.

Dos sociólogos como Nelson Manrique y Gonzalo Portocarrero también han hecho valiosos aportes. El primero, abordando como Flores Galindo, la problemática del racismo, pero también analizando en detalle la violencia terrorista y la respuesta no menos violenta del estado (Manrique 2000, 2002)²⁷. Portocarrero, por su parte, viene estudiando el racismo, el machismo, la mentalidad criolla, y la atracción que entre muchos despierta Sendero Luminoso (e. g. Portocarrero 1990, 1993, 1998).

Uno y otro cumplen también actividades periódicas a través de sendas columnas, en las cuales abordan semana a semana los escándalos, luchas, conflictos y vicisitudes que conmueven a la sociedad peruana de nuestros días.

Antropólogos como los ya fallecidos José Matos Mar y Carlos Iván Degregori también han hecho valiosos aportes. Matos Mar publicó en medio del estado de caos que vivía el Perú en los años ochenta su libro *Desborde popular y crisis del estado* (Matos Mar, 1984), diagnóstico y denuncia al mismo tiempo de la incapacidad de nuestro estado para afrontar con eficiencia algunas de sus más elementales tareas, al par que registro de los movimientos sociales que se iban gestando a espaldas del mundo oficial peruano. El tempranamente fallecido Degregori ha dejado para la posteridad incisivos análisis de Sendero Luminoso (véase entre otros Degregori 1989, 1990)

Queda por mencionar el Informe de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación, aparecido hace ya unos buenos años, pero que no ha despertado el interés ni el estudio que merece.

El Perú es un país que vive inmerso en permanentes conflictos. Eso es algo que todos los sabemos, pero también sabemos que eso ocurre en casi todas las naciones, en unas más y en otras menos. Basta con que miremos lo que sucede con las relaciones interraciales en los Estados Unidos, o la problemática de los países de la Unión Europea con la llegada inesperada de cientos de miles de exiliados, para darnos cuenta que el Perú no es el único país en el cual abundan los conflictos.

Pero lo que sucede en nuestro país es que esos conflictos por lo general terminan dando lugar a graves explosiones sociales, que cobran vidas y dejan aparte de dolor, resentimiento y ánimo de revancha. La ausencia de una tradición de prácticas democráticas y la ineficiencia de un estado elefantiásico son dos de las causas más graves para todos los acontecimientos violentos que ocurren en nuestro país.

Es penoso observar no solo la indiferencia con la cual el estado convive con su ineficiencia y la desidia que lo lleva a dejar que las cosas sigan un curso que las lleva al enfrentamiento violento y al derramamiento de sangre, como también es penoso reconocer que la psicología en nuestro país no considera que nuestra complicada realidad sea un tema de estudio.

²⁶ En los años en los cuales Flores Galindo da a la luz su importante obra, aparecen otras que, ya en el título mismo, reflejan el momento de dramatismo que el país vive, la profunda crisis que lo envuelve y la sensación de que se está al borde de un grave estallido social de consecuencias absolutamente imprevisibles. Nos estamos refiriendo a *Sobre el volcán. Diálogo frente a la subversión* (Tello 1989), *La crisis del estado patrimonial en el Perú* (Stein & Monge 1988), y *Desborde popular y crisis del estado* (Matos Mar 1984).

²⁷ Manrique es asimismo el autor de una importante obra en la cual se trata de la biografía de Víctor Haya de la Torre y se estudia el desarrollo del Partido Aprista y los virajes y cambios experimentados por dicha agrupación al compás de los cambios (muchas veces sumamente discutibles) de su líder (Manrique 2009).

En efecto, los psicólogos seguimos preocupados por los tests psicométricos, por la validez y confiabilidad de nuestros reactivos, por la psicología clínica y la posibilidad de ejercer la psicoterapia, en tanto que el entorno social con todos sus problemas nos importa muy poco. No conocemos líneas de trabajo propuestas por el Colegio de Psicólogos del Perú que privilegien el estudio de nuestros sempiternos problemas.

Cualquier proyecto de desarrollo nacional del Perú deberá tratar del problema de la violencia, no solo política por cierto, dado que en sociedades democráticas y que aspiran al desarrollo, ella no está considerada dentro de las formas aceptadas de solución de conflictos.

Y no lo está ni lo puede estar, porque tanto el que perpetra la violencia como el que la sufre se transforman, se vuelven otros²⁸. Para decirlo en dos palabras, se deshumanizan. Las sociedades democráticas, sin embargo, buscan que los seres humanos vivan en condiciones dignas de su humanidad, y dentro de ellas la violencia no tiene ningún lugar.

IX. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ackermann, N. & Jahoda, M. (1965). *Psicoanálisis del anti-semitismo*. Buenos Aires: Paidós.
- Adorno, T.; Frenkel-Brunswick, E.; Levinson, D. & Sanford, N. (1965). *La personalidad autoritaria*. Buenos Aires: Proyección.
- Apter, D. (1997). *The legitimation of violence*. New York: New York University Press.
- Arendt, H. (2002). *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Baberowski, J. (2015). *Räume der Gewalt*. Frankfurt: Fischer.
- Bar – Tal, D. (1990). Causas and consequences of delegitimization: models of conflict and ethnocentrism. *Journal of Social Issues*, 46, 65-81.
- Bar-Tal, D. (2005). Psychological obstacles to peace-making in the Middle East and proposals to overcome them. *Conflict & Communication Online*, 4, 1, 1-15.
- Bettelheim, B. & Janowitz, M. (1975). *Dinámica del prejuicio: un estudio psicológico y sociológico de veteranos de la guerra*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Blair Trujillo, E. (2009). Aproximación teórica al concepto de violencia: avatares de una definición. *Política y Cultura*, 32, 9-33.
- Bourdieu, P. (1998). *La domination masculine*. Paris: Edition Seuil.
- Buck-Morss, S. (1981). *Origen de la dialéctica negativa: Adorno, Benjamin y el Instituto de Frankfurt*. México DF: Siglo XXI.
- Curra-Lugo, V. (2013). *El Estado Islámico*. Madrid: Penguin Random House,
- Degregori, C. I. (1989). *Qué difícil es ser dios. Ideología y violencia política en Sendero Luminoso*. Lima: El Zorro de Abajo.
- Degregori, C. I. (1990). *Ayacucho 1969-1979: el surgimiento de Sendero Luminoso*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Durham, W. H. (1979). *Scarcity and survival in Central America. Ecological origins of the Soccer War*. Stanford: Stanford University Press.
- Eysenck, H. J. (1964). *Psicología de la decisión política*. Barcelona: Ariel.

²⁸En su libro *Räume der Gewalt*, el historiador alemán Baberowski (2015) escribe:

“La violencia modifica todo, y quien es víctima de ella se convertirá en otro. La vivencia de la violencia es como un viaje a un nuevo mundo, en el cual rigen otras reglas y viven otros hombres. En ese mundo los criterios de normalidad pierden su valor y lo que es considerado como aceptable se convierte en algo extraño, y lo inaceptable e insoportable en lo habitual. Se ingresa a un espacio de violencia y se reconoce de inmediato que nada es como lo fue antes” (p. 17; traducción del alemán de Ramón León).

- Figes, O. & Kolonitskii, B. (2001). *Interpretar la Revolución Rusa. El lenguaje y los símbolos de 1917*. Madrid- Valencia: Biblioteca Nueva Universidad de Valencia.
- Flores Galindo, A. (1988). *Tiempo de plagas*. Lima: El Caballo Rojo.
- Flores Galindo, A. (1991). *La ciudad sumergida. Aristocracia y plebe en Lima, 1760-1830*. Lima: Horizonte.
- Fromm, E. (2005). *El miedo a la libertad*. Buenos Aires: Paidós.
- Fukuyama, F. (1992). *El fin de la historia y el último hombre*. México DF: Planeta.
- Galtung, J. (1969). Violence, peace, and peace research. *Journal of Peace Research*, 6, 3, 167-191.
- Galtung, J. (1990). Cultural violence. *Journal of Peace Research*, 27, 3, 291-305.
- Galtung, J. (1996). *Peace by peaceful means: peace and conflict, development and civilization*. Thousand Oaks CA: Sage.
- Gerwarth, R. (2016). *The vanquished. Why the First World War failed to end*. New York: Farrar, Strauss and Giroux.
- González Arana, R. & Molineros Guerrero, I. (2013). Conflicto y violencias en Colombia. En: Barreira, C.; González Arana, R. & Trejos Rosero, L. F., eds., *Violencia política y conflictos sociales en América Latina*, Barranquilla (Colombia) – Buenos Aires, Universidad del Norte – CLACSO, 9-31.
- González Calleja, E. (2013). *Las guerras civiles. Perspectiva de análisis desde las ciencias sociales*. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- Hilb, C. (2001). Violencia y política en la obra de Hannah Arendt. *Sociológica*, 16 (47), 11-44.
- Kagan, J. (2013). *The human spark. The science of human development*. New York: Basic Books.
- Kanashiro, L. (2016). *Debates presidenciales en el Perú (1990-2011). Una aproximación semiótica*. Lima: Universidad de Lima.
- Kapuszinski, R. (2006). *La guerra del fútbol*. Barcelona: Anagrama.
- Klemperer, V. (2001). *LTI. La lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filólogo*. Barcelona: Minúscula.
- Krauze, E. (2012). *Redentores. Ideas y poder en América Latina*. Buenos Aires: Debate.
- Lowenthal, L. & Guterman, N. (1949). *Prophets of deceit*. New York: Harper & Brothers.
- Manrique, N. (1993). Notas sobre las condiciones sociales de la violencia política en el Perú. *Revista de Neuro-psiquiatría*, 56, 235-240.
- Manrique, N. (2000). *La piel y la pluma. Escritos sobre literatura, etnicidad y racismo*. Lima: Sur y CIDIAG.
- Manrique, N. (2002). *El tiempo del miedo: la violencia política en el Perú 1980-1996*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.
- Manrique, N. (2009). *¡Usted fue aprista! Bases para una historia crítica del APRA*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú – CLACSO.
- Mansilla, C. (2000). La violencia política en el Perú: esbozo interdisciplinario de interpretación. *Estudios Económicos*, 6ta época, 25, setiembre-diciembre, 77-109.
- Martín, J. (2015). *Estado Islámico: geopolítica del caos*. Madrid: La Catarata.
- Massing, P. (1949). *Rehearsal for destruction: a study of political anti-semitism in imperial Germany*. New York: Harper & Brothers.
- Matos Mar, J. (1984). *Desborde popular y crisis del estado. El nuevo rostro del Perú en la década de 1980*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

- Matt, P. v. (2006). *Die Intrige. Theorie und Praxis der Hinterlist*. Munich: Carl Hanser.
- Marzano, M., dir. (2011). *Dictionnaire de la violence*. París: Presses Universitaires de France.
- Moro, T. (2007). *Utopía*. Madrid: Espasa Calpe [orig.: 1516].
- Neumann, F. (2005). *Behemoth: pensamiento y acción en el nacional-socialismo*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Nisbett, R. E. & Cohen, D. (1996). *Culture of honor. The psychology of violence in the South*. Boulder CO: Westview Press.
- Pérez Pineda, C. (2016). *Una guerra breve y amarga*. San Salvador: Secretaría de Cultura de la Presidencia - Universidad Evangélica de El Salvador.
- Portocarrero, G. (1990). *Violencia estructural en el Perú: sociología*. Lima: Asociación Peruana de Estudios para la Paz.
- Portocarrero, G. (1993). *Racismo y mestizaje*. Lima: Sur Casa de Estudios del Socialismo.
- Portocarrero, G. (1998). *Razones de sangre: aproximaciones a la violencia política*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Reich, W. (1973). *La psicología de masas del fascismo*. México DF: Roca.
- Reinares, F. & García-Calvo, C. (2016). *Estado Islámico en España*. Madrid: Real Instituto Elcano.
- San Agustín (1998). *La ciudad de Dios*. México DF: Porrúa [orig.: año 426].
- Sánchez Planell, L. & Prats Roca, M. (2010). Impulsividad, agresividad y conductas violentas. En: Roca Bennasar, M., coord., *Trastornos de personalidad*, Barcelona, Sociedad Española de Psiquiatría – Ars Medica – Sociedad Española de Psiquiatría Biológica, 243-259.
- Schneider, M. (2010). *Das Attentat. Kritik der paranoischen Vernunft*. Berlín: Matthes & Seitz.
- Semelin, J. (1983). *Pour sortir de la violence*. París: Les édition ouvrières.
- Sontag, S. (2003). *Ante el dolor de los demás*. Bogotá: Alfaguara.
- Stein, S, & Monge, C. (1988). *La crisis del estado patrimonial en el Perú*. Lima – Miami, FL: Instituto de Estudios Peruanos – Universidad de Miami,
- Tello, M. P., ed. (1989). *Sobre el volcán. Diálogo frente a la subversión*. Lima: Centro de Estudios Latinoamericanos.
- Whipple, P. (2016). *La gente decente y su resistencia al orden republicano. Jerarquías sociales, prensa y sistema judicial durante el siglo XIX*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos – Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile – Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (Chile).
- Wieviorka, M. (2016) El terrorismo, otra vez. *La Vanguardia*, edición del 16 de julio.